


# Stanislaw Lem y la humanidad en el espejo

Alejandro Badillo



LA CIENCIA FICCIÓN, A MENUDO, ES VISTA DESDE LA SUPERFICIE: naves intergalácticas, guerras espaciales y planetas exóticos. No puede faltar, por supuesto, una gran variedad de seres extraterrestres que son, en muchas ocasiones, réplicas de las virtudes y los defectos humanos. La ciencia ficción, a través de esta perspectiva, no va más allá del simple entretenimiento. Sin embargo, para que la temática de mundos futuros se acerque a lo literario se necesita que trascienda la aventura, la anécdota deslumbrante pero efímera, y toque las fibras de lo humano, es decir, se sumerja en las interrogantes que moldean la sociedad que hemos construido y que nos siguen retando desde la ciencia y desde la dimensión artística.

Stanisław Lem, escritor nacido en la ciudad polaca de Lvov en 1921 y fallecido en el año 2006, retó, desde la creación de mundos futuros y contextos tecnológicos, a la literatura de su tiempo. A través de una obra siempre cambiante e inventiva, supo poner en la mira la complejidad de lo humano, con todas sus esperanzas y contradicciones. Isaac Asimov, en su compilación *Antes de la edad de oro* —en la que recopila varias historias pioneras de esta temática—, menciona que la ciencia ficción tuvo auge a partir de la tercera década del siglo xx por la necesidad del público lector, sobre todo el estadounidense, de alejarse de la cruda realidad de la Gran Depresión. Era tentador evadirse del desempleo y un futuro incierto con historias que ocurrían en un tiempo y lugar muy lejanos. Algunas ficciones de aquella época encontraron terreno fértil en el imaginario popular y anticiparon sucesos importantes como la carrera espacial entre la Unión Soviética y Estados Unidos y la revolución en las telecomunicaciones, entre otros. Sin embargo, muchos cuentos y novelas repetían los moldes de cualquier ficción de aventuras: adversarios deshumanizados y héroes que enfrentaban el mal para salir, casi siempre, victoriosos. Leyendo algunas viejas historias se advierte la razón de su éxito: claves fácilmente distinguibles para el público masivo, la esperanza de una vida lejos del planeta Tierra, una nueva oportunidad para empezar; la tecnología como remedio para todos los males.

Mediante una obra exigente y compleja Stanisław Lem se alejó de los autores que sólo se preocuparon por la pirotecnia tecnológica. El polaco aprovechó las premisas de la ciencia ficción para profundizar en las preguntas que, en la actualidad, nos siguen acechando. Lem es, a contracorriente de otros escritores, heredero no de la tradición del positivismo y de la edad ilustrada, sino de los fabulistas clásicos que saben mirar los aspectos incómodos de la sociedad y no se dejan engañar por las promesas a corto plazo, como Ray Bradbury —otro gran crítico de la modernidad—, que usa los viajes espaciales y los alcances tecnológicos para satirizar la condición humana. En cada uno de sus textos se pone en entredicho el dominio del hombre sobre el cosmos. Bradbury y Lem toman la estafeta de grandes precursores como el griego Luciano de Samosata, que con su obra *Historia verdadera* satirizó los libros de viajes y las crónicas de Heródoto para poner en tela de juicio el concepto de verdad y, de paso, recrear una visita imaginaria a la luna y al sol. Las escenas surrealistas de Luciano —árboles con forma de mujer que seducen a los viajeros, ríos de vino, animales compuestos por partes vegetales— tenían como único límite la inventiva. Cuando en *Historia verdadera* entran en escena los soberanos del sol y de la luna, es evidente que el autor quiere crear un espejo en el que se reflejen, distorsionados, los vicios humanos. Lem sigue el mismo camino que el sirio dejando a un lado la justificación técnica de sus viajes al espacio porque le interesa entrar en territorios de la alegoría y el símbolo.

Una de las obras que representan de mejor forma la visión del autor polaco es *Solaris*, publicada en 1961 y llevada al cine por el director Andrei Tarkovsky en 1972. Es ejemplar porque detrás de la escenografía

futurista —el viaje espacial, los astronautas, la llegada a un lugar lejano del universo— late un gran dilema: el momento en que la fantasía es más real que el mundo que percibimos con los sentidos y en la vigilia. La línea entre la imaginación y lo concreto es un espejismo en la mente del astronauta que llega a la estación que orbita al planeta Solaris. Sin recurrir a la creación de extraterrestres antropomorfos, Lem usa la superficie del planeta, en particular su gran océano multicolor y cambiante, como un espejo que refleja los pensamientos y recuerdos de los habitantes de la estación espacial. En uno de los mejores pasajes de la novela, el recuerdo de la esposa muerta por suicidio se revela como un flujo que no sólo adquiere corporeidad sino consciencia de que es un sueño.

Otro recurso de gran imaginación en la narrativa de Lem es la fábula. En lugar de la personificación de animales, se recurre al robot como una representación de lo humano. En *Ciberiada*, libro de cuentos publicado en 1965, asistimos a las aventuras de dos superinventores y viajeros intergalácticos: Trurl y Claplaucio. Mediante distintas expediciones por las estrellas o con sus disparatados inventos, los protagonistas de este libro ponen en evidencia el absurdo de la ambición, el aislamiento provocado por la tecnología. Viajando de estrella en estrella, Trurl y Claplaucio, son una especie de dioses en pugna, luchando por derrotar al otro con su técnica y conocimientos. En sus aventuras son capaces de crear galaxias, regresar el tiempo hasta el momento del *Big Bang*; reconstruyen universos alterando las variables que los originaron. Los inventores son solicitados por reyes y soberanos de todo el universo, pues necesitan su tecnología y su sapiencia para salvar los más disparatados escollos. Sin embargo, a las buenas intenciones de los viajeros casi

siempre sigue un caos provocado por la sed de poder y la ambición. El desarrollo tecnológico ilimitado — casi como una caja de Pandora— provoca el deseo de regresar a la época de las cavernas. El robot no es un embajador del hombre o culminación de una sociedad que ha encontrado la solución en el “progreso”, es sólo un espejo que potencia los deseos más irracionales de la humanidad.

Incluso hay libros que retan las convenciones de los géneros tradicionales. En *Vacío perfecto*, obra publicada en 1971, Lem experimenta con la reseña de libros que no existen. Esta, por así llamarla, intertextualidad imaginaria, vinculada con los juegos borgeanos en los que se alude a un corpus inventado al momento, no se queda en lo lúdico sino que explora la manera como entendemos el mundo y el arte. Lem usa la reseña de libros para parodiar desde las modas literarias hasta dilemas filosóficos. Una de las técnicas para llegar a conclusiones insospechadas es llevar un argumento hasta las últimas consecuencias. En “De Impossibilitate Vitae / De Impossibilitate Prognoscendi”, Lem usa la biografía de un personaje para demostrar que la existencia de cualquier cosa en el mundo es tan improbable que no deberíamos estar vivos. Partiendo de las coincidencias que tuvieron que ocurrir para que los padres del protagonista se conocieran y, después, concebirlo, Lem hace un viaje en el tiempo reconstruyendo encuentros cada vez más remotos. Siguiendo, en todo momento, la genealogía en reversa del personaje, hasta la era de los dinosaurios, se llega a la conclusión de que somos el resultado de un azar cada vez más funambulesco, que somos ficciones.

Otro elemento en la narrativa de Lem es el uso de la ciencia como trampolín para llegar al centro de las historias. Sin embargo, los supuestos científicos no

sirven como un mecanismo que le dé “realidad” a la historia, es decir, que el lector se plantee, seriamente, que las fabulaciones del escritor pueden ser replicadas según las leyes de la ciencia en un contexto actual o futuro. Lem, en la mayoría de los casos, parodia el lenguaje científico, lo vuelve maleable para llegar a definiciones imposibles de comprobar: no son años sino eones los que recorren los textos; las máquinas emplean tecnologías —casi trucos de magia— que son capaces de revertir el orden natural de la física. La meta final, un mundo en el que se han cumplido todos los deseos y en el que se ha llegado incluso a la inmortalidad, es mostrada en un cuento de *Ciberiada*. Sin embargo no tiene para nosotros una escena optimista. El planeta que ha llegado al máximo desarrollo posible es habitado por un grupo de robots que, ante la falta de motivación por hacer cualquier cosa, se dedican a dormir semiente-rados en una planicie desierta.

Juan José Saer en el ensayo “El concepto de ficción” hace una ejemplar defensa de la imaginación literaria. La ficción, según el autor argentino, es la vía más plena para acercarse a una realidad compleja, que se metamorfosea a cada instante y que escapa de marcos teóricos y fórmulas seguras. “Al dar un salto hacia lo inverificable, la ficción multiplica al infinito las posibilidades de tratamiento. No vuelve la espalda a una supuesta realidad objetiva: muy por el contrario, se sumerge en su turbulencia, desdeñando la actitud ingenua que consiste en pretender saber de antemano cómo esa realidad está hecha”. Lem supo muy bien esto y usó la ficción no como un mero divertimento, sino como la posibilidad de mirar un horizonte. Esta intención, no desdeñable en una temática a menudo complaciente como la ciencia ficción, hace que las obras del polaco dialoguen con la gran literatura. ■■■